

# Cuidar y compartir: las mujeres, el cambio demográfico y las políticas estatales cambiantes

Susan A. McDaniel\*

**E**n 1995, un informe del Banco Mundial, *Toward Gender Equality: The Role of Public Policy*, preparado para la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, comenzaba con las siguientes palabras:

Hace veinte años en México, la I Conferencia Mundial sobre la Mujer inspiró un movimiento que ha contribuido a disminuir la desigualdad de géneros a nivel mundial. El analfabetismo entre las mujeres está decreciendo, así como la mortalidad materna y las tasas de fertilidad total, y más mujeres que nunca antes están participando en la fuerza de trabajo; sin embargo, aún queda mucho por hacer.<sup>1</sup>

Parece completamente apropiado que este libro sobre las mujeres en América del Norte a fin de siglo, también se lleve a cabo en México. Asimismo, queda muy claro que no sólo hay mucho por hacer todavía en materia de igualdad entre los géneros, sino que además, algunos logros para y por las mujeres se han perdido o están en proceso de perderse con la reestructuración económica, en el norte, y con los programas de ajustes estructurales, en el sur, y por consiguiente con disminución de las redes de seguridad social y la reducción de las políticas de igualdad entre los géneros.

Este artículo se centra en las formas en que los cambios sociodemográficos y las políticas estatales cambiantes se conectan, cruzan y entrelazan con la situación de las mujeres. Canadá, que es mi patria y el país que mejor conozco, es el tema principal de este escrito. Así, sólo cuando existan marcadas diferencias entre Canadá y Estados Unidos o México, se harán algunas comparaciones breves.

El artículo está organizado en cuatro secciones:

- La reconstrucción de Canadá: contextos histórico y mundial (título de un libro que estoy por terminar).
- La “demografización” y la reducción de los Estados: las mujeres en el centro y en los márgenes.

\* Departamento de Sociología, University of Alberta.

<sup>1</sup> World Bank, *Toward Gender Equality: The Role of Public Policy* (Washington, D.C.: The World Bank, 1995), VII.

- Los fundamentos socioeconómicos: salud y oportunidades de vida para las mujeres.
- ¿Qué depara el futuro?, ¿qué en especial para las mujeres?, ¿qué para el cuidar y para el compartir?

## La reconstrucción de Canadá: contextos histórico y mundial

Los cambios que está experimentando Canadá, como gran parte del mundo industrializado, han sido calificados de monumentales, sin precedente y similares a los acontecidos durante la Revolución Industrial. La reestructuración económica, los tratados de libre comercio (como el TLC), la globalización de los mercados y del capital, los cambios tecnológicos, la intensa disminución de los déficit y las deudas por parte de los gobiernos provincial y federal, así como el rápido adelgazamiento de los gobiernos, el surgimiento del postindustrialismo, la creciente inseguridad en el empleo y en el mercado laboral, y los cambios demográficos, por mencionar sólo una lista parcial. Canadá ha sido comparado con una canoa que se encontraba en un lago apacible e inesperadamente entra a las corrientes de un rápido.

En términos totales del mercado laboral de América del Norte, Canadá posee una porción muy pequeña, 8 por ciento, en comparación con el 72 por ciento de Estados Unidos y con el 20 por ciento de México.<sup>2</sup> En lo que concierne a la familia, también se han dado cambios bien documentados, entre los más notables está el hecho de que existe una mayor cantidad de mujeres en la fuerza de trabajo asalariada, un mayor número de familias uniparentales encabezadas por mujeres, una reducción de los ingresos familiares, un aumento de la polarización de los ingresos familiares, un incremento en el número de familias con más de dos miembros con ingresos y un creciente sentimiento de inseguridad familiar.

Pero, ¿estos cambios contemporáneos tienen algún precedente histórico? Posiblemente ciertos aspectos no lo tengan, en particular lo referente a la velocidad con que acontecen y la comunicación que sobre ellos se genera, y tal vez tampoco las tecnologías. Actualmente, se pueden establecer cuando menos dos paralelismos directos entre los cambios del siglo xx y los ocasionados por la Revolución Industrial, uno es de fondo y el otro es analítico. En lo que concierne al de fondo, la Revolución Industrial trajo consigo transformaciones pro-

<sup>2</sup> Secretariat of the Commission for Labor Cooperation, *North American Labor Markets. A Comparative Profile, 1984-1995* (Secretariat for Labor Cooperation, 1996).

fundas en la familia, pues a ésta se le apartó de la producción,<sup>3</sup> y la reciprocidad de la sociedad conyugal se transformó: “[...] la vieja sociedad económica marido-mujer se debilitó. Se apartaba a la mujer de su papel productivo. El concepto del marido que mantiene a su familia remplazaba la reciprocidad en el poder adquisitivo [...] El papel [de la esposa] estaba aún en el hogar, pero su marido ya no formaba una parte integral de éste”.<sup>4</sup>

En Canadá, durante la Revolución Industrial, la política social rediseñó el papel de las mujeres, asignándoles el de madres. La imagen de la “verdadera feminidad” fue una creación sociopolítica de la sociedad industrial, en la que la mujer era vista como un ser familiar, seres domésticos femeninos, en vez de trabajador del hogar o la granja.<sup>5</sup> Además, con el advenimiento del capitalismo industrial, apareció el trabajo asalariado, de manera que cada miembro de la familia ganaba una cierta cantidad, y sólo al sumar el ingreso de todos (“una economía de salario familiar”) se obtenía algo con lo cual podían subsistir.<sup>6</sup>

Los paralelismos de fondo entre la etapa industrial y la época actual y sus profundos efectos sobre las familias son evidentes, en tanto que éstas, las relaciones conyugales, el papel doméstico y productivo de las mujeres y el de los hijos se transforman rápidamente a finales del presente siglo.

También existen paralelismos analíticos, los cuales tienen gran resonancia en la obra del historiador social David Levine, quien argumenta que “la intersección clave entre las formaciones estatales y las familiares tiene lugar en los puntos de reproducción demográficos, culturales, sociales y políticos”.<sup>7</sup> Actualmente, se ha sugerido que las profundas transformaciones que estamos experimentando son también consecuencia de otros cambios en lo económico, cultural e ideológico, así como en lo familiar y demográfico. Esping-Andersen destaca que:

[...] Es tal vez en nuestra comprensión de la *familia* [*household*], donde nuestros supuestos necesitan mayor revisión. El modelo de la posguerra, en torno al cual se construyó el Estado benefactor, suponía al varón como el que ganaba el sustento, a la mujer como la responsable de la reproducción social, y a la familia como el ámbito del ocio y del consumo material masivo.

<sup>3</sup> Roberta Hamilton, “Women, Wives and Mothers”, en Nancy Mandell y Ann Duffy, eds., *Reconstructing The Canadian Family: Feminist Perspectives* (Toronto: Butterworths, 1988), 3-26.

<sup>4</sup> Roger Thompson, *Women in Stuart England and America: A Comparative Study* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1974), 75.

<sup>5</sup> Chad Gaffield, “Wage Labour, Industrialization and the Origin of Modern Family”, en Maureen Baker, ed., *The Family: Changing Trends in Canada* (Toronto: McGraw Hill-Ryerson), 21-34.

<sup>6</sup> Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work and Family* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1978).

<sup>7</sup> David Levine, “Recombinant Family Formation Strategies”, *Journal of Historical Sociology*, no. 2 (1989): 107.

De hecho, la promesa de la posguerra de empleo total se limitaba generalmente, y de manera explícita, a los varones adultos. El Estado benefactor de la posguerra no incluía hasta hace poco tiempo, entre sus responsabilidades, la función de la reproducción social.<sup>8</sup>

En una genealogía del concepto de “dependencia”, Fraser y Gordon añaden paralelismos analíticos adicionales, al revelar cómo la dependencia del trabajo asalariado ha venido a ser definida como “independencia”, mientras que cualquier tipo de dependencia del Estado, incluso por derecho, actualmente es definida como “dependencia”.<sup>9</sup> Esto convierte al género en un importante cisma estructural, puesto que las mujeres son las beneficiarias más frecuentes de las prestaciones gubernamentales, en su mayoría las madres solteras y las pensionadas —en este caso se debe a que viven más que los hombres—. Esto también separa las finanzas públicas del mundo supuestamente privado de la familia y el hogar (*household*), se le resta mucha atención a la red de dependencias que existe paralelamente y que es fundamental para el funcionamiento del sistema de mercado (trabajo asalariado) y que incluye, pero no de manera exclusiva, a la familia y el trabajo de asistencia social.

Como han argumentado Brodie y O’Connor,<sup>10</sup> las fronteras entre lo público y lo privado se reestructuran radicalmente en Canadá; y, de modo similar a la época de la Revolución Industrial, tanto el ámbito doméstico como el mercado, se reprivatizan y mercantilizan. Entonces, la familia —que incluye la reproducción, la sexualidad, la atención a los ancianos y a la salud— se privatiza ostensiblemente, pero cada vez bajo mayor vigilancia política, o lo que Brodie llama “las estrategias descentralizadas de la conducción social”.<sup>11</sup> Esta privatización, según Brodie, intensifica a la vez que debilita las diferencias de género. Se le da un renovado énfasis a la esfera femenina del hogar, a la crianza, atención y cuidado de los niños. Simultáneamente el trabajo mismo se torna más femenino: ahora es más frecuente el trabajo por horas, con un compromiso mínimo por parte del patrón, mal remunerado y sin las prestaciones que anteriormente tenían los empleos para hombres.

<sup>8</sup> Gosta Esping-Andersen, ed., *Changing Classes: Stratification and Mobility in Post-Industrial Societies*. Studies in International Sociology (Londres: Sage, 1993). El subrayado es del original.

<sup>9</sup> Nancy Fraser y Linda Gordon, “A Genealogy of Dependency: Tracing a Keyword in the U.S. Welfare State”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 19, no. 2 (1994): 309-336.

<sup>10</sup> Janine Brodie, *Politics on the Boundaries: Restructuring and the Canadian Women’s Movement* (North York, Ont.: Robarts Centre of Canadian Studies, University of Toronto, 1994); Julie S. O’Connor, “From Women in the Welfare State to Gendering Welfare State Regimes”, *Current Sociology* 44, no. 2 (1996): 1-124.

<sup>11</sup> Brodie, *Politics on the Boundaries...*, 39.

Hay dos exigencias de imposición que se hacen respecto de la reestructuración económica en Canadá: 1) *debe* ocurrir en el ámbito de la política social y, por lo tanto, en el terreno que merma la igualdad de géneros; 2) dicha reestructuración debe ser guiada por los cambios e imperativos demográficos, lo que yo aquí llamo “demografización” (determinismo o imperativo demográfico).

¿Cómo se compara Canadá en un contexto internacional? Por momentos parece que los canadienses están tan preocupados en hacer comparaciones entre Estados Unidos y su país, que ignoran su posición en el panorama internacional. Esta ignorancia posee dos tendencias contradictorias: por una parte, tienden a ser autocomplacientes cuando favorecen a su país al compararlo con el enfoque limitado e intensamente individualista que tiene Estados Unidos de las políticas sociales; pero, al mismo tiempo, no toman en cuenta las crecientes mitologías que caracterizan, quizá de manera creciente, una autoimagen canadiense como la de un país preocupado por cuidar y por compartir.

Al examinar más de cerca a Canadá y Estados Unidos, en cualquier análisis comparativo entre los países occidentales y sus políticas sociales, aquéllos se presentan lejos uno de otro. Entre los modelos angloamericanos del Estado benefactor minimalista, Estados Unidos y Canadá se muestran en polos extremos.<sup>12</sup> Sin embargo, los modelos social-demócratas europeos parecen ser menos resistentes a los cambios y retos actuales, que lo que sugieren sus defensores. Pero, existen diferencias claras entre Estados Unidos y Canadá; este último, por ejemplo, cuenta con una estipulación constitucional (la Carta de Derechos y Libertades) para la igualdad de géneros; además, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos y cada vez más en Europa, en este país no existen grandes enclaves de minorías étnicas desempleadas, cuyo número crezca en los centros industriales.<sup>13</sup> Canadá tampoco tiene una clase baja persistente que no tenga acceso a las estructuras de retribución (*reward structures*), a las cuales se les concede un valor cada vez mayor,<sup>14</sup> ni tiene aún políticas basadas en religiones fundamentalistas; aunque esto podría cambiar, pues hay quienes afirman que, de hecho, ya está sucediendo en forma acelerada.<sup>15</sup>

Recientemente, la investigación internacional ha aportado conclusiones fundamentales, principalmente merece nuestra atención la información comparativa de Luxemburgo sobre países industrializados y los análisis nacionales y

<sup>12</sup> Katherine McFate, Roger Lawson y William Julius Wilson, eds., *Poverty, Inequality and the Future of Social Policy: Western States in the New World Order* (Nueva York: Russell Sage, 1995), XI.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 1.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Claude Denis, “«Government Can Do Whatever it Wants»: Moral Regulation in Ralph Klein's Alberta”, *Canadian Review of Sociology and Anthropology* 32, no. 3 (1995): 365-383.

provinciales. En particular, se subrayan aquí cuatro conclusiones, en primer lugar:

[...] El desafortunado hecho de que mientras los programas de seguridad social pueden haber tenido éxito en ayudar a las familias a sobrellevar las consecuencias económicas de los acontecimientos relacionados con el trabajo, tales como el desempleo, el retiro, la discapacidad, aún les resta adaptarse a los acontecimientos relacionados con la familia, por ejemplo, el divorcio.<sup>16</sup>

En segundo lugar, la fragmentación del mercado laboral de los años ochenta y la inseguridad del mismo en los noventa han eclipsado el subtexto demográfico, el cual indica que los afectados durante los ochenta fueron los trabajadores más jóvenes y durante los noventa los más viejos.<sup>17</sup> La tercera conclusión es que la demografía y las finanzas son circunstancias inexorables de la política social, sin embargo no son supuestos incuestionables. La cuarta va en el sentido de que los programas para recortar los déficit —se pongan o no en tela de juicio sus logros— tienen consecuencias claramente desventajosas para las mujeres, en especial para las que encabezan familias uniparentales.<sup>18</sup>

Asimismo, existe un gran número de mitos acerca de la posición relativa que guarda Canadá cuando se le compara en un contexto internacional. Estos mitos se ocultan tras el tan divulgado primer lugar que se le concedió en el *Human Development Index for 1992*,<sup>19</sup> de la Organización de las Naciones Unidas aun cuando, en el momento en que se incorporaron las desigualdades de género, la posición cayó hasta el noveno lugar. Otro mito que es muy común (de entre los que se resumen aquí), y que recientemente ha sido disipado por algunos estudios comparativos internacionales, es que los programas sociales de Canadá neutralizan o suavizan mucho más los efectos del mercado que en otros países industrializados. De ahí el interés en “emparejar el terreno de juego”, a través de la reducción de los programas sociales en Canadá.<sup>20</sup> Wright, Baxter y Birkelund

<sup>16</sup> Greg J. Duncan, Bjorn Gustafsson, Richard Hauser, Hans Messinger, *et al.*, “Poverty and Social Assistance Dynamics in the United States, Canada, and Europe”, en McFate, Lawson y Wilson, eds., *Poverty, Inequality and the Future...*, 91.

<sup>17</sup> Standing 1995, 161.

<sup>18</sup> Gurston Dacks, Joyce Green y Linda Trimble, “Road Kill: Women in Alberta’s Drive Toward Deficit Elimination”, en Gordon Laxer y Trevor Harrison, eds., *The Trojan Horse: Alberta and the Future of Canada* (Montreal: Black Rose Books, 1995); Susan A. McDaniel, “Caring and Sharing: Demographic Aging, Family and the State”, en Jon Hendricks y Carolyn Rosenthal, eds., *The Remainder of their Days: Domestic Policy and Older Families in the United States and Canada* (Nueva York: Garland, 1993), 121-144.

<sup>19</sup> United Nations, *Human Development Report* (Nueva York: Oxford University Press, 1995).

<sup>20</sup> Véase Thomas J. Courchene, “Canada’s Social Policy Deficit: Implications for Fiscal Federalism”, en Keith G. Banting, Douglas M. Brown y Thomas J. Courchene, eds., *The Future of Fiscal Federalism* (Kingston, Ont.: School of Policy Studies, 1994), 83-122.

en un análisis que incluye a siete países industrializados ubicaron a Canadá ligeramente por encima de Estados Unidos en cuanto a la capacidad de sus políticas sociales para suavizar los efectos del mercado sobre su población; sólo Australia tenía logros menores que estos dos países en ese terreno. Incluso el Reino Unido, tras el gobierno de Thatcher, superaba a Canadá en esta categoría. Al medir el grado en que los mercados son utilizados como medios legítimos y eficientes para distribuir y redistribuir los recursos, Canadá no se distinguió de Estados Unidos.<sup>21</sup>

Un segundo mito muy difundido consiste en creer que los programas sociales de Canadá resultan efectivos —hay incluso quien recientemente argumenta que es posible que sean demasiado efectivos— para prevenir la pobreza cuando ocurren transiciones súbitas en las familias o en el mercado laboral. En contraste con este mito, Duncan *et al.* encuentran, al analizar la información de Luxemburgo sobre los países más industrializados, que “la disolución matrimonial ha producido *aún más segmentos de pobreza en Canadá* y en varios países de Europa occidental que en Estados Unidos”.<sup>22</sup> Además descubrieron que en Canadá la falta de trabajo y la terminación del seguro social (de desempleo) juegan un papel *mucho más importante* para caer en la pobreza, que en la mayoría de los países europeos,<sup>23</sup> y que sólo entre la población afroamericana de Estados Unidos la falta de empleo tiene un papel importante dentro de las poblaciones de los países industrializados.

En tercer lugar, existe el mito de que en Canadá las pensiones y la asignación para las familias resultan generosas si se comparan con las de otros países industrializados. Pampel encuentra que si el gasto en pensiones se mide como porcentaje del PIB y se divide entre el porcentaje de las edades, entonces el gasto de Canadá en este rubro es similar al del Reino Unido, Bélgica y Australia, y considerablemente menor al de Francia, Alemania y Suecia. Al medir el gasto por concepto de asignaciones familiares estatales en relación con el porcentaje de población que tiene entre cero y catorce años de edad, Canadá tiene un gasto similar al de Alemania, pero gasta mucho menos que Bélgica, Francia y Suecia. En términos reales, el monto del gasto en los jóvenes y ancianos coloca a Canadá a la mitad de los países industrializados, con Alemania inclinando su gasto público en favor de los ancianos y Bélgica y Francia en favor de los jóvenes.<sup>24</sup>

<sup>21</sup> Erik Olin Wright, Janeen Baxter y Ginn Elisabeth Birkelund, “The Gender Gap in Workplace Authority: A Cross-National Study”, *American Sociological Review* 60 (junio de 1995): 407-435.

<sup>22</sup> Duncan, Gustafsson, Hauser, Messinger, *et al.*, “Poverty and Social Assistance Dynamics...”, 90. El subrayado es mío.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 74.

<sup>24</sup> Fred C. Pampel, “Population Aging: Class Context, and Age Inequality”, *American Journal of Sociology* 100, no. 1 (1994): 153-195.

En cuarto y último lugar, existe el mito de que la globalización está afectando a Canadá como nunca antes, y que ésta es responsable de la mayoría de los retos que actualmente está experimentando —si no es que por todos—. Laxer señala que la globalización no es nueva para Canadá, o bien dicho en palabras de Harold Innis: “Canadá nunca ha sido autosuficiente”.<sup>25</sup> Laxer cita a una ex jefa de estadísticas (Chief Statistician) de Canadá, quien posteriormente trabajó en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (ocde), Sylvia Ostry, quien dijo que cuando escucha de los temores acerca de la implantación de modelos japoneses en Estados Unidos y Europa “[...] me río de ellos. El mundo se está «canadienizando»... nosotros ya pasamos por eso”.<sup>26</sup>

## La demografización y la reducción de los Estados: las mujeres en el centro y en los márgenes

Los canadienses a mediados de los noventa están muy conscientes de la reducción de las funciones del Estado, el cual está recortando programas, políticas y su servicio civil con el fin de reducir los déficit y la deuda, pero también, en forma fundamental e incluso filosófica, para reducir la capacidad estatal y su voluntad para transferir recursos y redistribuir la riqueza. Los principales supuestos de la fundación y continuidad del Estado benefactor posterior a la Segunda Guerra Mundial se están desvaneciendo, entre éstos se incluyen la *equidad progresiva y vertical* (el concepto de que los gobiernos deben redistribuir los recursos), la *equidad individual* (los desembolsos y los reembolsos deben guardar una relación), la *equidad horizontal* (las personas que están bajo condiciones similares deben recibir un trato similar); y la *eficiencia económica* (que la economía debe operar en forma tal, que los individuos puedan conseguir un máximo de bienestar con recursos limitados).<sup>27</sup> Para sustituir estos principios aparece la política de los recortes (*politics of retrenchment*), mientras los gobiernos buscan reducir los gastos y reestructurar sus programas, siguiendo las líneas que marca el mercado. *El Green Paper* canadiense sobre seguridad social fue escrito en este contexto. El reto consiste, por supuesto, en forjar un nuevo consenso de cara a las “iniciativas de recorte, que posiblemente resulten políticamente peligrosas”, el cual podría surgir de nuevos principios o, lo que es más probable,

<sup>25</sup> Innis citado por Gordon Laxer, “Social Solidarity, Democracy and Global Capitalism”, *Canadian Review of Sociology and Anthropology* 32, no. 3 (1995): 287-313.

<sup>26</sup> Laxer, “Social Solidarity, Democracy...”, 1.

<sup>27</sup> C. Eugene Steuerle y Jon M. Bakija, *Retooling Social Security for the 21st Century: Right and Wrong Approaches* (Washington, D.C.: The Urban Institute Press, 1994), 13.

de las fuerzas influyentes que rebasan el *statu quo*.<sup>28</sup> La interpretación de dichas fuerzas es la clave para comprender lo que el futuro depara. Cualquier nuevo acuerdo debe forjarse sobre los contextos gemelos de la política y la clase cambiante/género/relaciones y afiliaciones generacionales.

La clase cambiante, el género y las afiliaciones generacionales están presentes en el estudio de Ekos de 1994, *Rethinking Government*, donde se ve que están apareciendo nuevos cismas entre los canadienses, lo cual es una cara de la demografización. Por ejemplo, quienes están bien informados —es decir, el 19 por ciento que pertenece a una clase social alta, y que está a favor de reducir el gobierno— son: “la nueva clase media, bien remunerada, compuesta por trabajadores altamente calificados y profesionistas del conocimiento, los cuales en su mayoría son *blancos de mediana edad, con un grado de educación muy alto y predominantemente de sexo masculino*”.<sup>29</sup>

En contraste, los “económicamente afectados”, que son 19 por ciento, y los “desocupados dependientes”, 22 por ciento, no están muy enterados y pertenecen a las clases bajas, aunque difieren ligeramente en sus actitudes en lo concerniente a la intervención gubernamental.

Los no enterados operan sobre todo al margen de la sociedad mayoritaria y de la economía y la política. En este grupo, *las minorías más evidentes, las mujeres y los jóvenes se hayan sobrerrepresentados*. Éstos rechazan la élite actual y cuestionan el *statu quo* político [...]. Los desocupados dependientes están apartados del mundo laboral y, por lo tanto, dependen del gobierno para solucionar sus problemas, tales como la pobreza, el desempleo, los bajos niveles de capacitación, etc. [...]. En este grupo, *las mujeres, las amas de casa, los canadienses del Atlántico, las minorías evidentes y los ancianos están sobrerrepresentados*.<sup>30</sup>

El género, la generación, la clase y el estatus de minoría se están convirtiendo en los planos centrales donde ocurren las divergencias políticas; éstos van hacia la raíz del cómo y del por qué las políticas de recorte resultan políticamente peligrosas, así como determinadas previamente por la demografía.

<sup>28</sup> Paul Pierson y Miriam Smith, “Shifting Fortunes of the Elderly: The Comparative Politics of Retrenchment”, en Theodore R. Marmor, Timothy M. Smeeding y Vernon L. Greene, eds., *Economic Security and Intergenerational Justice: A Look at North America* (Washington, D.C.: The Urban Institute, 1994), 21-60, 23-25; Human Resources Development Canada, *Improving Social Security in Canada* (Ottawa: Human Resources Development Canada, 1994); Expert Task Force on Women and the Social Security Review, *Women and the Social Security Review: General Principles for Social Policy* (Ottawa: Status of Women Canada, 1994); McFate, Lawson y Wilson, eds., *Poverty, Inequality and the Future...*, 21-22; Courchene, “Canada’s Social Policy...”, 83-89.

<sup>29</sup> Ekos Research Associates, *Rethinking Government '94: An Overview and Synthesis* (Toronto: Ekos, 1994), 6. El subrayado es mío.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 5-6. El subrayado es mío.

¿Qué sucede, entonces, con las mujeres en el centro y en los márgenes de estos cambios? Exploraremos dos ejemplos: la reproducción y el envejecimiento. En primer lugar, las políticas sociales y el discurso político de los noventa han puesto a las familias, las mujeres y la fertilidad en el escenario central de América del Norte. El discurso público sobre las familias, la reproducción y el papel de la mujer revela varias capas de creencias e ideología en torno a la reproducción y el simbolismo público de la fertilidad.<sup>31</sup> Factores como la disminución de la fertilidad, el aumento de las disoluciones maritales y la participación de las mujeres casadas en la fuerza laboral (particularmente las madres con hijos en edad preescolar), el dramático incremento de las tasas de familias encabezadas por uno solo de los padres y la cohabitación, han llevado a algunos a declarar que la familia se encuentra en crisis, pero el hecho de que el cambio equivalga a crisis o que la fertilidad fuera de las restricciones del patriarcado privado sea en sí problemática son puntos que no gozan de un consenso universal.

La resistencia a emplear el concepto de crisis en torno a la familia coexiste con las políticas sociales y los cambios ideológicos que tienden cada vez más a redefinir a la mujer como un ser familiar. Puede ser que las mujeres, en efecto, busquen la opción de formar una familia y la prefieran, sin embargo “legislar” sobre la permanencia de la mujer en el hogar como un ser familiar mediante la reducción de las políticas sociales coloca a ésta en el centro de la disminución de lo público y en la reducción gubernamental. Se espera que las mujeres dentro de la familia limpien los desechos que dejará el Estado tras el abandono de sus dominios tradicionales.

La retórica pública sobre las familias uniparentales encabezadas por mujeres, sobre las madres solteras que reciben asistencia social y sobre la crianza de los niños fuera del matrimonio se escucha más en Estados Unidos, pero cada vez tiene más eco en Canadá. El volumen de dicha retórica sugiere que existen preocupaciones profundas en torno a la crianza de los niños en familias que no están encabezadas por hombres, o que se encuentran apartadas de un núcleo familiar heterosexual bien definido. La supuesta dependencia de las arcas públicas causa mayor perplejidad cuando los dependientes son madres solteras, más que si son ciegos, ancianos, incapacitados o de algún modo incapaces de mantenerse por sí mismos en el mercado de trabajo asalariado. Puede ser que la actual preocupación pública por la supuesta dependencia de las mujeres sol-

<sup>31</sup> Susan A. McDaniel, “Families, Feminism and the State”, en Les Samuelson, ed., *Power and Resistance: Critical Thinking about Canadian Social Issues* (Toronto: Fernwood, 1994), 117-128 y referencias Susan A. McDaniel, “Towards a Synthesis of Feminist and Demographic Perspectives on Fertility”, *The Sociological Quarterly* 37, no. 1 (1996): 601-622.

teras de la seguridad social en Estados Unidos sea, en parte, una consecuencia indirecta de haber cambiado las normas sociales en cuanto al papel de las mujeres y la crianza infantil. Así como cada vez más mujeres casadas, madres de niños pequeños, ocupaban empleos remunerados, se esperaba que las madres solteras pobres hicieran lo mismo.

Orloff sugiere que la reproducción de la mujer es crucial para extender las relaciones Estado-mercado al interior de la familia, así como para ignorar y suprimir las múltiples maneras en que los derechos de la ciudadanía social se insertan en las relaciones sociales de la familia-hogar dividida por el género. Fraser profundiza en lo anterior al decir que: “[...] las próximas guerras en torno a la seguridad social serán, en su mayoría, sobre la mujer, incluso contra la mujer, debido a que las mujeres constituyen la gran mayoría beneficiaria de los programas de seguridad social, así como de sus empleados [...]”.<sup>32</sup> En el fondo, dichas “guerras” son una prolongación de la redefinición del lugar de la mujer en la sociedad.

Arat-Koc añade una dimensión importante a este debate, al argumentar que la globalización del trabajo decomodificado (*decommodified labour*) (proveer los ingresos desde fuera del hogar) ocurre al importar trabajadoras domésticas, quienes hacen el trabajo no remunerado que las mujeres de América del Norte realizan cada vez menos. Estas “amas de casa” importadas están reproduciendo familias socialmente. La cuestión de que tal vez se unen al trabajo reproductivo (*reproductive labour*) constituye una pregunta abierta, debido al crecimiento de la maternidad contratada, en la que mujeres de circunstancias socioeconómicas bajas, principalmente, arriendan su trabajo reproductivo a hombres de estatus social superior. La adopción de hijos en el extranjero es otra variante del tema de la capacidad reproductiva importada.<sup>33</sup>

La cuestión del envejecimiento también coloca a la mujer en un punto central de la agenda de la reestructuración, pues es un asunto distintivo de las mujeres ya que ellas viven más que los hombres en América del Norte, y tienden a vivir más tiempo solas, y en la mayoría de los casos tras la muerte del cónyuge, en condiciones de discapacidad y muy frecuentemente de pobreza. También las mujeres se solicitan con mayor frecuencia para brindar la atención que requieren los ancianos, tanto en las familias como en la fuerza laboral asalariada, pero mu-

<sup>32</sup> Ann Shola Orloff, “Gender and The Social Rights of Citizenship: The Comparative Analysis of Gender Relations and Welfare States”, *American Sociological Review* 58 (junio de 1993): 303-328; Nancy Fraser, “Women, Welfare and the Politics of Needs Interpretation”, *Hypatia* 2, no. 1 (1987): 103.

<sup>33</sup> Sedef Arat-Koc, “Importing Housewives: Non-Citizen Domestic Workers and the Crisis of the Domestic Sphere in Canada”, en Meg Luxton, Harriet Rosenberg y Sedef Arat-Koc, eds., *Through the Kitchen Window: The Politics of Home and Family*, 2a. ed. (Toronto: Garamond, 1990): 81-104.

chas veces tienen una remuneración baja y tienden cada vez más a trabajar en el campo privado y no sindicalizado.

## Los fundamentos socioeconómicos: salud y oportunidades de vida para las mujeres

La salud está inextricablemente unida con la calidad de vida y muy probablemente sea su componente esencial. A pesar de que algunos demógrafos afirman que la demografía puede explicar dos terceras partes de cualquier cosa, la evidencia de investigación sugiere que los contextos socioeconómicos son muy importantes y que la demografía es sólo un ingrediente de la mezcla. Esto es particularmente cierto con respecto a la salud y las oportunidades de vida.

Caben mencionar aquí tres puntos acerca de los contextos socioeconómicos fundamentales. Primero, en el nivel micro, como dijo George Bernard Shaw en *Major Barbara* en 1906: "La seguridad, la más cara pretensión de la civilización, no puede existir cuando el peor de los peligros, el peligro de la pobreza, pende sobre la cabeza de todo el mundo [...]".<sup>34</sup>

La seguridad cada vez más constituye un reto para las mujeres canadienses. En general a finales de los noventa, los hombres y mujeres de Canadá tienen mayor inseguridad que los estadounidenses con respecto a la estabilidad laboral.<sup>35</sup>

Por otra parte, la pobreza se relaciona con la salud de la mujer en por lo menos dos formas: la primera, como descubrieron Bruce y sus colegas en un estudio de ocho países industrializados, "las únicas madres que tienen posibilidades superiores al promedio de no caer en la pobreza son las que combinan la maternidad con el trabajo y el matrimonio".<sup>36</sup> Esto quiere decir que invertir en guarderías es invertir en ampliar las oportunidades de las mujeres y, de hecho, en su salud. Cuando se permite que las madres accedan a la fuerza laboral asalariada, éstas tienen mayor capacidad para evitar la miseria y, por lo tanto, para prevenir los riesgos de la salud que la pobreza crea para mujeres y niños. Además, un aumento en la seguridad familiar y personal hace que disminuya el estrés, una reconocida causa de los problemas de la salud.

<sup>34</sup> Así lo cita McDaniel, "Towards Healthy Families: Policy Changes", ponencia presentada en el *National Forum on Health* (Ottawa: National Forum on Health, 1996).

<sup>35</sup> Comunicación informal de los resultados de un estudio canadiense-estadunidense realizado por Noah Meltz y Seymour Martin Lipset; entrevista con Meltz, 1996.

<sup>36</sup> Judith Bruce, Cynthia B. Lloyd y Ann Leonard, *Families in Focus: New Perspectives on Mothers, Fathers and Children* (Nueva York: The Population Council, 1995), 113.

El segundo punto sobre los contextos socioeconómicos fundamentales es la contribución vital del entorno social para las oportunidades reales de vida y bienestar de las mujeres. Recientemente, en muchos países industrializados ha ocurrido un *angostamiento* inesperado entre los diferenciales sexuales de las expectativas de vida, el cual fue notable en el caso de Canadá, pues los hombres aumentaron un poco más que las mujeres sus expectativas de vida entre 1993 y 1994. Un patrón salta a la vista cuando se examinan todas las naciones industrializadas: mientras más alto es el nivel de desarrollo socioeconómico de una nación (medido a través de los índices comparativos internacionales estandarizados), es mayor la convergencia en las expectativas de vida masculinas y femeninas.<sup>37</sup> Esto no tiene nada de sorprendente, puesto que es común que los países con el desarrollo socioeconómico más alto sean los que más se acercan al nivel máximo posible de expectativas de vida. Canadá tiene una mayor convergencia que Estados Unidos. Pero, ¿qué causa esta convergencia? Al contrario de lo que algunos predecían cuando una gran cantidad de mujeres comenzó a entrar en el mercado de trabajo —lo que se bautizó como la hipótesis de “morirse por ser iguales”—, dicha convergencia no fue resultado de un decrecimiento en las expectativas de vida hasta niveles cercanos a los de los hombres; la reducción de la diferencia entre ambos sexos se debió al incremento de los índices de los hombres de supervivencia a los infartos, la violencia y el suicidio, en combinación con los lentos incrementos de las expectativas de vida de las mujeres, conforme ellas se acercan ya al límite superior de las posibilidades de vida. La perseverancia de una ventaja en la supervivencia de las mujeres parece ser resultado del entorno social del “mundo femenino”, en el que las mujeres adoptan estilos de vida menos riesgosos y encarar en general la vida de modo más saludable que los hombres.<sup>38</sup>

El tercer punto con respecto a los contextos socioeconómicos fundamentales es un hecho poco conocido, pero esencial para el bienestar de las mujeres y de las sociedades en el futuro. La salud y el bienestar de la población se determinan más por las *formas en que las sociedades distribuyen su riqueza*, que por los niveles de dicha riqueza. Frank y Mustard describen lo anterior de manera sucinta: “[...] No es el nivel de riqueza que tiene un país lo que mejora el nivel de salud de su población, sino el compromiso de destinar recursos a los sectores clave, como las madres y los niños [...]”.<sup>39</sup>

<sup>37</sup> Frank Trovato y N.M. Lalu, “Changing Sex Differentials in Mortality in Industrialized Countries”, ponencia presentada en los encuentros de la Population Association of America (Nueva Orleans: Population Association of America, 1996).

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> John W. Frank y J. Fraser Mustard, “The Determinants of Health from a Historical Perspective”, *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences* 123, no. 4 (1994): 14.

Las expectativas de vida de hombres y mujeres combinadas (para este propósito no necesitan ser diferenciadas) en relación con los coeficientes de Gini de desigualdad de ingresos para los países occidentales industrializados revelan un patrón claro: los países con *menor desigualdad de ingresos* como Suecia, Noruega, Holanda y Japón tienen *expectativas de vida más altas*, mientras aquellos con *mayores desigualdades en el ingreso*, como Estados Unidos, Alemania Occidental, España y Francia, tienen *expectativas de vida más bajas*. Canadá se ubica a la mitad, con mayores expectativas de vida por encima de Estados Unidos, e *igualdad* de ingresos, pero no por mucho. Wilkinson profundiza aún más al mostrar que los países en que ha disminuido la pobreza relativa en forma más rápida, o aumentado de forma más lenta, son los que han logrado el mayor incremento en las expectativas de vida. Pero, ¿por qué esto resulta tan importante para las mujeres? Por dos razones: las mujeres son con más frecuencia las beneficiarias de las acciones para reducir la desigualdad de ingresos y, segundo, porque hasta hace poco eran éstas quienes obtenían algún beneficio cuando aumentaban las expectativas de vida.<sup>40</sup>

Si pensamos en el siglo XXI, ¿qué nos muestran las tendencias actuales de los contextos socioeconómicos fundamentales en Canadá? Desafortunadamente, nada alentador. De persistir la actual falta de atención a las circunstancias socioeconómicas de la mujer, no puede más que acelerar el decrecimiento de las expectativas de vida que se anticipaban para el futuro y, para empeorar la situación, los riesgos de problemas de salud podrían incrementarse en el futuro cercano no sólo para las mujeres, sino también para sus niños (particularmente para los niños y las mujeres pobres y los que pertenecen a las minorías), ya que ambos parecen ser las primeras víctimas de la reestructuración en cualquier país, y Canadá no es la excepción.

## ¿Qué depara el futuro?, ¿qué en especial para las mujeres?, ¿qué para cuidar y para compartir?

Hablar del futuro implica riesgos, como el de la predicción misma, por ejemplo. La mayoría de los futuristas parecen adoptar ese oficio en una etapa avanzada de su vida, ¡tal vez para no estar presentes cuando se demuestre que se equivocaron! Otro componente de los peligros de la predicción es la imagen de un futuro social que existe frente a nosotros y aguarda ser descubierto, el futuro como

<sup>40</sup> Richard G. Wilkinson, "From Material Scarcity to Social Disadvantage", *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences* 123, no. 4 (1994): 61-77.

“ese gran proyecto que nos está llamando”. En lugar de la predicción del futuro, yo prefiero el concepto de un futuro analíticamente verosímil, un futuro basado en el más sabio de los análisis actuales, uno en el que seamos fuerzas creativas y agentes en vez de peones, un futuro al que no sólo nos adaptemos, sino en el que tomemos decisiones *como mujeres*.

En términos de credibilidad analítica, el futuro existe en múltiples niveles, en primer lugar está el nivel de lo que la investigación sociodemográfica nos puede decir, la relación entre las situaciones y los estatus de la mujer, los cambiantes papeles y las experiencias de vida, las aspiraciones, la importancia en los micro y macroniveles de los cambios experimentados en la familia, la economía y la sociedad, que necesitan examinarse y ser investigados en relación con la reproducción y la trayectoria de vida.<sup>41</sup> Algunos elementos de este proyecto, que anteriormente presenté en una ponencia, se resumen aquí bajo una nueva perspectiva:<sup>42</sup>

- Un cambio en las razones para que la investigación abarque la vida de las mujeres, nuestros propios reflejos, percepciones e identidades como madres, hermanas, abuelas, esposas, trabajadoras y amigas, apartadas de la visión de la reproducción como producción.
- Una expansión de la naturaleza de las realidades estudiadas para introducir definiciones fluidas y cambiantes de la familia, el hogar y el género, poniendo mayor atención a las relaciones de poder entre hombres y mujeres, entre las mujeres del norte y las del sur, etcétera.
- Un cuestionamiento de las premisas de lo que es racional o lo que es un interés propio con respecto al embarazo: ¿En realidad se toman decisiones? ¿Quién y cómo las toman?
- Crecerá el papel que desempeñen las experiencias vitales y nos alejaremos de una manera única de conocer y comprender.
- La teoría sería una historia continua que explicase los siempre cambiantes vínculos entre las oportunidades tanto individuales como familiares y las condiciones sociales (frecuentemente globales o globalizantes), con la ampliación del concepto de trabajo para incluir lo que las mujeres hacen al criar familias.
- La evidencia contribuiría a explicar el por qué y no sólo el cómo, agrandando el mosaico de las evidencias para incluir identidades, puntos de elección, contradicciones y cambios estructurales.

<sup>41</sup> Susan A. McDaniel, “Half the Sky: Women's Status and Fertility”, *Ecodecision: Environment and Policy Journal* 10 (1993): 66; Susan A. McDaniel, “Towards a Synthesis of Feminist and Demographic Perspectives on Fertility”, *The Sociological Quarterly* 37, no. 1 (1996): 601-622.

<sup>42</sup> *Ibid.*

- Y, por último, los valores no se diluirían con el pretexto de la neutralidad valorativa, sino que se volverían datos de investigación, tal como se revela en los programas de ajustes estructurales, en las políticas económicas, en los acercamientos a la planeación familiar, en la familia misma y en las políticas laborales.

En segundo lugar, existe el nivel de los fundamentos socioeconómicos que enmarcan las oportunidades y expectativas de vida de la mujer. Una creciente evidencia analítica nos muestra que la amenaza más grande para la vida, salud, y bienestar de las mujeres proviene de la pobreza, seguida de cerca por la inseguridad y la incertidumbre del futuro.<sup>43</sup> La erradicación de la pobreza y las acciones para reducir en lo posible la inseguridad familiar de la mujer son elementos que contribuirían mucho a mejorar el estatus, bienestar, expectativas y oportunidades de vida de la mujer. El trabajo asalariado y la disponibilidad de empleo no responden totalmente a lo que espera la política pública porque el número de familias encabezadas por mujeres que siguen siendo pobres y trabajan está aumentando. A pesar de haber sido reconocido recientemente por su nivel de desarrollo socioeconómico general, mayor que México y Estados Unidos, Canadá está haciendo cada vez menos en el frente antipobreza y menos también en lo que concierne a la igualdad de géneros.<sup>44</sup> De hecho, cuando este último factor fue tomado en cuenta, la clasificación comparativa de Canadá se derrumbó del primer lugar al noveno.<sup>45</sup>

Canadá no sólo se muestra pasivo al incrementar su inacción ante los problemas de la mujer y la lucha contra la pobreza, sino que también reduce programas gubernamentales que anteriormente asistían a las mujeres, aunque de manera limitada.<sup>46</sup> Lo que está ocurriendo tanto en Canadá como en Estados Unidos y en México es lo opuesto a realizar acciones para combatir la pobreza. De hecho, cada vez existe una mayor polarización entre ricos y pobres, misma que sería significativamente mayor en Canadá si no fuera por las transferencias gubernamentales (asistencia social, seguro de desempleo, pensiones,

<sup>43</sup> Judith Maxwell, "Social Dimensions of Economic Growth", *The Eric Jon Hanson Memorial Lecture Series*, VIII, 25 de enero de 1996; Amartya Sen, "The Economics of Life and Death", *Scientific American* (mayo de 1993): 40-47; United Nations, *Human Development Report* (Nueva York: United Nations, 1995); United Nations, *The World's Women 1995: Trends and Statistics* (Nueva York: United Nations, 1995).

<sup>44</sup> United Nations, *Human Development...*; Wilkinson, "From Material Scarcity...". Analizan estos cambios Monica Boyd y Susan A. McDaniel, "Gender Inequality in Canadian Policy Context: A Mosaic of Approaches", *The World Review of Sociology* (1996).

<sup>45</sup> United Nations, *Human Development...*

<sup>46</sup> Boyd y McDaniel, "Gender Inequality in Canadian Policy...".

etc.).<sup>47</sup> Dicha polarización ocurre en México, en Estados Unidos y en Canadá, aunque varía en los tres países. En México es predominante la polarización por clase y género,<sup>48</sup> mientras que en Estados Unidos es común que sea una cuestión negros/blancos, y en Canadá afecta a los indígenas, particularmente aquellos que habitan en las reservas y que son los más pobres, así como a las familias encabezadas por mujeres, no obstante la polarización entre clases adquiere cada vez más importancia.

En el nivel de la política se agotó el optimismo. A pesar del rápido avance que ha tenido el conocimiento sobre el género en el Estado benefactor y sobre las múltiples formas en las que la dependencia femenina de los hombres ha sido asumida y alentada, la capacidad del Estado y de sus políticas para enfrentar las desigualdades de género se ha erosionado de manera significativa. Esto ocurre por diversas razones interrelacionadas; en primer lugar, existe una clara falta de confianza para que el gobierno y las instituciones públicas puedan promulgar políticas que mejoren las cosas. Al acercarse el milenio, el *zeitgeist*\* en Canadá tiende a que el sector privado (por ejemplo las corporaciones y los pequeños y medianos negocios) pueda ser más capaz de efectuar cambios a cualquier nivel que los gobiernos. En segundo lugar, muchos gobiernos en Canadá (federal, provincial o territorial, municipal) se resisten a mantener las responsabilidades públicas que tienen con los ciudadanos, como ofrecer protección y reducir las desigualdades. Si, como muchos han argumentado, las políticas sociales de Canadá están construidas sobre los pilares gemelos del mercado y la política, entonces el segundo se tambalea, mientras que el primero se fortalece. Esto es, quizá, más evidente en la provincia de Alberta, donde se lleva a cabo una privatización masiva de los servicios gubernamentales y una redefinición de la gente, ya no como ciudadanos, sino como consumidores de servicios, como accionistas de varios sectores. Esta nueva visión de la política pública, que está popularizándose en Canadá en todos los niveles de gobierno, disminuye el papel tradicional de la política social como redistribuidora de los recursos y como

<sup>47</sup> Véase Maxwell, "Social Dimensions of Economic Growth"; Susan A. McDaniel, "Where the Contradictions Meet: Women and Family Security in Canada in the 1990s", en National Forum on Family Security, *Family Security in Insecure Times* (Ottawa: National Forum on Family Security, 1993), 163-180; Susan A. McDaniel, "Serial Employment and Skinny Government: Reforming Caring and Sharing among Generations", *Canadian Journal of Aging* (en prensa).

<sup>48</sup> Para el caso de México, véase Margarita M. Valdés, "Inequality in Capabilities between Men and Women", en Martha C. Nussbaum y Jonathan Glover, eds., *Women, Culture, and Development: A Study of Human Capabilities* (Oxford: Clarendon Press, 1995), 426-432; para Estados Unidos Amartya Sen, "The Economics of Life and Death..." y United Nations, *The World's Women 1995...*; y para Canadá Maxwell, "Social Dimensions of Economic Growth" y Wilkinson, "From Material Scarcity..."

\* *Zeitgeist* se puede traducir como el espíritu de la época (n. del t.).

reductora de la desigualdad, en favor de una determinación de las oportunidades de vida por parte del mercado. Las repercusiones para las mujeres son grandes, ya que no sólo son clientes de los servicios sociales y otros beneficios públicos, sino que además constituyen el grueso de la fuerza laboral en estas áreas. Y, por último, existe la “danza del déficit” que lleva a quienes diseñan las políticas a concluir que los programas de equidad, redistribución y otros similares ya no resultan costeables. Sea eso real o no, Dobell, quien es uno de los principales economistas canadienses, argumenta que no es cierto, pero la retórica sobre el recorte de los gastos ha sido lo suficientemente exitosa como para que muchos canadienses actualmente creen que los problemas fiscales que enfrenta su país se deben al excesivo gasto hecho en los programas sociales, y no a una mala concepción de las prioridades o a errores políticos.<sup>49</sup> Como los programas para la igualdad y contra la pobreza son muy costosos, cada vez más se les define como “un lujo que no se puede permitir”. El argumento de que la igualdad de la mujer rinde dividendos en el largo plazo, cada vez se topa con oídos más sordos en los círculos políticos de Canadá.

Existe una creciente tendencia en Canadá, a nivel político, de hacer que los grupos de interés —las mujeres son definidas como un grupo de interés— se enfrenten unos con otros para disputar los recursos disponibles —cada vez menores— y la legitimidad que proviene del reconocimiento por parte del Estado de ser declarado como un grupo “genuino”. Y aunque todavía la “guerra” entre los grupos que algunos alarmistas anticipaban no se ha desatado, sí han aparecido las condiciones para que se presenten las disputas públicas acerca de quiénes merecen más. Por ejemplo, los ancianos que en su mayoría son mujeres, han argumentado que sus exigencias son más legítimas que las de los jóvenes y las familias pobres porque han contribuido por más tiempo a la sociedad. Las voces de las mujeres se levantan contra otras mujeres, mientras los grupos siguen luchando batallas que ya antes creían haber ganado.

Finalmente, en el nivel de la vida y de la cotidianidad de la mujer, las reducciones a los programas gubernamentales inciden real y directamente. Las mujeres han sido las primeras en perder el empleo cuando se han hecho recortes en el sector público. En Alberta, han sido las trabajadoras en los hospitales, escuelas, servicios sociales y el servicio público, quienes han sido despedidas primero y en un número mayor que los hombres. Las mujeres que reciben asistencia

<sup>49</sup> Rod Dobell, “The Dance of the Deficit and the Real World of Wealth: Rethinking Economic Management for Social Purposes”, en National Forum on Family Security, *Family Security in Insecure Times*, vol. II, *Perspectives* y vol. III, *Building a New Partnership of Responsibility* (Ottawa: Canadian Council on Social Development, 1996), 197-206; McDaniel, “Where the Contradictions Meet....”.

social son las primeras en percibir el impacto de las reducciones. Si a los pacientes se les da de alta en forma más rápida en los hospitales para ahorrar dinero (lo que se conoce como “más rápido, más enfermo” [*“quicker and sicker”*]), entonces acaban siendo las mujeres quienes se hacen cargo de los cuidados necesarios para la recuperación del enfermo en el hogar. El resultado es una erosión *de facto* de la igualdad de la mujer, provocada por los cambios en materia de política social. Lo anterior es exacerbado por y a la vez aumenta el movimiento de reflujo contra los derechos ciudadanos de la mujer y del feminismo en general.

Los cambios en política social que hemos descrito representan un reto para el fundamento mismo de Canadá y para la confederación canadiense en la medida que la función tradicional del Estado de unificar regiones y grupos con distintos idiomas se transforma y es reemplazada por la política de la polarización, basada en categorías demográficas y sociales que incluyen la polarización entre géneros. Como ha sugerido Esping-Andersen, la política del Estado benefactor crea sus propias bases políticas; pero, el desmantelamiento de los Estados benefactores deja huecos.<sup>50</sup> Paradójicamente, el siempre frágil Estado canadiense puede venirse abajo más por el afán de desmantelar al Estado benefactor que a causa de algún partido o grupo separatista. La tradicional política del lugar y región está siendo rápidamente usurpada por una “política de clase”, la cual cuenta con un hondo componente demográfico. La mujer se encuentra paulatinamente más alejada del poder (ancianas, pobres, indígenas que viven en reservaciones, mujeres de las regiones marítimas, discapacitadas, etc.), y tiende a poseer menor voz en la política, a la vez que espera más de los gobiernos. La “conveniencia del cuidar”<sup>51</sup> a través de las generaciones y del género, con gente que comparte una sociedad y un Estado-nación, puede desaparecer y ser reemplazada por las relaciones contractuales del mercado, incluso dentro de las familias. El cuidar y el compartir están siendo repensados. La demografización de la política, de las políticas sociales y de nuestras vidas se ha equiparado con la despolitización del problema de género, incluso cuando éste se torna más prominente para definir las oportunidades de vida y bienestar de la mujer.

<sup>50</sup> Esping-Andersen, *Changing Classes: Stratification...*

<sup>51</sup> John O'Neill, *The Missing Child in Liberal Theory: Towards a Covenant Theory of Family, Community, Welfare and the Civic State* (Toronto: University of Toronto Press, 1994).